

LOS MOVIMIENTOS OSCILANTES DE LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA DURANTE EL SIGLO XX

Pinto Vallejos, Julio y María Luna Argudín (Compiladores), *Cien años de propuestas y combates. La historiografía chilena del siglo XX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2006, 465 pp.

El texto que reseño es una interesante propuesta de difusión de las historiografías nacionales del siglo XX que coordina, desde hace algunos años, la historiadora María Luna Argudín en la UAM, unidad Azcapotzalco, y que tiene como finalidad responder a la necesidad de divulgar entre el público mexicano en general, y en particular entre los estudiantes universitarios de las áreas de historia y ciencias sociales (tanto de licenciatura como de posgrado), otras experiencias e interpretaciones históricas aparentemente ajenas al modelo elaborado en México.

El Dr. Julio Pinto Vallejos, destacado historiador chileno, asumió el reto propuesto por María Luna Argudín. En una versión preliminar fue ofrecido, en junio del 2002, como un curso que se organizó para la Maestría en Historiografía de México de la UAM, para posteriormente, en el 2006

con la introducción de algunas modificaciones, escribir dichas conferencias, brindando un balance de la historiografía elaborada en su Chile durante el siglo XX, texto que está dedicado íntegramente a hacer un recorrido por las grandes corrientes o “líneas de tensión que este quehacer ha exhibido en estos cien años”.

Desde 1990, Julio Pinto, ha contribuido a renovar los estudios de la historiografía social-popular. Específicamente ha centrado su agudeza analítica en las relaciones políticas y socio-laborales del Norte Salitrero, en la formación de un ideario político en los obreros de la pampa y en la confrontación de los proyectos históricos populistas y revolucionarios durante la crisis de representación y legitimidad que enfrentó el sistema oligárquico-parlamentario en Chile, durante los años 1900-1920.

Junto con Gabriel Salazar, María Angélica Illanes, Sergio Grez y Luis Ortega, ha puesto en marcha un revisionismo de la historiografía marxista que se desarrolló en Chile entre 1950 y 1973, además de la materialización de un proyecto teórico-metodológico cristalizado en una agrupación vasta de historiadores que ha llevado a cabo una serie de investigaciones sobre la sociedad popular y sus proyectos

históricos, bajo la consigna de ser fundadores de la “Nueva historia social chilena”, autoconvocándose a superar las limitaciones de los estudios históricos del marxismo criollo, con la firme decisión de ampliar los estudios de sujetos populares, hasta ese entonces, invisibilizados o ignorados por la vieja perspectiva de los historiadores que propugnaban por la revolución política, social e intelectual.

El balance de la producción historiográfica chilena investigada y publicada durante el siglo XX ha sido abordado parcialmente. Algunos trabajos, de Sergio Villalobos, Gabriel Salazar, Sergio Grez, Jorge Rojas, Luis Moulián y Luis Vitale, dan cuenta en distintos momentos, sobre todo en los últimos 30 años, de quiénes han sido los autores y las obras que han trazado las principales temáticas privilegiadas en los estudios históricos.

Sin duda que el mayor esfuerzo investigativo en este campo lo ha producido el destacado historiador, Cristián Gazmuri¹, realizando una investigación monográfica cuyo primer tomo de la obra, aparecido contemporáneamente al libro de Pinto, identifica el carácter positivista y liberal de los historiadores chilenos entre los años 1842-1920.

En un exhaustivo trabajo Gazmuri revisa a los autores y las obras que sentaron las bases de la historiografía chilena. En todo este contexto, el balance propuesto por Julio Pinto es una oportunidad de caminar en la dirección de identificar avances, propuestas, debates e involuciones que ha presentado la historiografía, no

exenta de las fracturas políticas y sociales producidas en el corto siglo XX chileno.

“Cien años de propuestas y combates. La historiografía chilena del siglo XX” presenta unas palabras preliminares de María Luna Argudín, donde explica el sentido de publicar esta obra. A continuación, Francisco Zapata hace una semblanza del autor destacando su propuesta como historiador y señalando, específicamente, algunos aportes que presenta el escrito del historiador chileno. Luego, Pinto, en un centenar de páginas, hace una reconstitución histórica de las etapas que él identifica como las propuestas principales de la historiografía chilena en el transcurso del siglo XX.

Cada una de las etapas es presentada en un marco general, seguida del examen más detenido de algún autor o de los autores considerados particularmente representativos de su respectiva corriente. La primera etapa, denominada “Fin de siècle y nacionalismo conservador (1900-1940)”, surge de ese clima de malestar generalizado y compartido que se expresó con voces polifónicas en las celebraciones del centenario de la independencia.

La denuncia de que el país estaba padeciendo una aguda “crisis moral” y los fuertes cuestionamientos hacia la oligarquía gobernante, le sirvieron de sustento, primero a Alberto Edwards y luego a Jaime Eyzaguirre, para inaugurar la corriente historiográfica nacionalista-conservadora, adoptando a nivel de premisa la idea de “Chile” como “un ente único y espiritual, provisto con características irrepetibles y superiores a la individualidad de su miembros, y portador de una suerte de “destino” histórico en cuya realización se juega su verdadero sentido de trascendencia”(Pinto: 29). A partir de

¹ Cristián Gazmuri, *La historiografía chilena (1842-1970)*, t. I (1842-1920), Santiago de Chile, Editorial Taurus y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006.

semejantes parámetros no fue extraña la añoranza de un sentir aristocrático en Edwards. Ante sus ojos, el orden tradicional cedía paso a la decadencia en que se hallaban sumidos el empuje y la convivencia entre los chilenos, obra del liberalismo y la práctica política desorientada del régimen parlamentario. Toda esta sensibilidad la expondría magistralmente en su obra *La Fronda Aristocrática*.

Por su parte, el historiador Jaime Eyzaguirre, también mencionado, muy cercano al integrismo católico y a un hispanismo que lo llevó a ensalzar el periodo de “Chile hispánico”, “por contraste con una era moderna/republicana que se le aparecía aun más decadente que a Edwards” (Pinto: 37). Todo este pesimismo lo desarrolló abiertamente en obras tales como *Fisonomía histórica de Chile e Hispanoamérica del dolor*.

El segundo momento de la historiografía chilena se intitula “La historiografía como instrumento de cambio, 1950-1973”. Durante esta época, Chile experimentó una noción de participación en que todos los integrantes de la sociedad estaban convocados a ser activos protagonistas de un proyecto histórico de transformación sin precedentes. Dado este contexto de cambio social, democratización y polarización política, surgió la segunda gran corriente historiográfica, que vino a desafiar la hegemonía nacionalista-conservadora. “En estricto rigor, el desafío se canalizó a través de dos grandes vertientes: una más abiertamente política, y que se agrupó en torno a los llamados historiadores marxistas “clásicos”; y otra más asépticamente “académica” –aunque con connotaciones políticas a la postre igualmente evidentes–, cuyo principal referente era la escuela francesa de los Annales” (Pinto: 41).

Entre los historiadores que interpretaron la historia de Chile desde el materialismo histórico, destacan las figuras de Julio César Jobet, con su trabajo *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, y Hernán Ramírez Necochea, con su libro *Historia del movimiento obrero*. Antecedentes, siglo XIX. Ambos se la jugaron a fondo, en lo profesional y personal, no tan solo por una visión de la historia, sino por la viabilidad misma de los proyectos de cambio a que aspiraban para la sociedad chilena. La presencia del proletariado, la lucha de clases, el imperialismo, las formaciones sociales y económicas de Chile, fueron problemas recurrentes que dichos autores buscaron resolver desde el campo historiográfico.

En el caso de los seguidores de la escuela de los Annales, por su parte, el énfasis lo pusieron en las estructuras profundas, en los procesos de larga duración y en la importancia de los actores colectivos por sobre los individuales. Al alero del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile figuras como Sergio Villalobos, Álvaro Jara, Rolando Mellafe, Mario Góngora, entre otros, dieron sustento a una historiografía sumamente prolífica y rigurosa, que al cabo de unas décadas contaría con un sinnúmero de discípulos, como Gabriel Salazar, Jorge Pinto, René Salinas, María Angélica Illanes, muchos de ellos, años después, terminaron adscribiéndose a la perspectiva del materialismo histórico.

Cabe destacar también, tal como lo advierte Julio Pinto, que la vía pacífica hacia el socialismo atrajo a Chile a un nutrido contingente de historiadores y científicos sociales extranjeros que dejarían una huella profunda en la historiografía chilena.

El golpe militar de 1973 quebró el curso de la historia chilena y además el de su historiografía. Los anhelos de cambio estructural en la sociedad civil y la auspiciosa investigación histórica vieron abruptamente cercenados sus campos de acción. “Historiar en dictadura, 1973-1990”, es la tercera etapa que el autor considera como una experiencia de signo ambivalente. Si bien el quehacer disciplinario se vio fuertemente impactado por la arremetida represiva y refundacional, de allí mismo surgieron respuestas complejas y dinamizadoras” (Pinto: 87).

Por un lado, la imposición del régimen militar durante 17 años reactivó el paradigma nacionalista-conservador, encabezado, esta vez, por Mario Góngora y Gonzalo Vial. Pero, por otro, sirvió para potenciar la historiografía estructuralista que durante estos años vio acrecentar las figuras de Sergio Villalobos y Armando de Ramón, no tan solo como destacados historiadores sino como fuertes opositores a la dictadura. A ellos se sumaría, promediando la década de 1980, la propuesta más fructífera del siglo XX, a juicio del autor, la “Nueva historia social” liderada por Gabriel Salazar, quien en la transición política desplegaría a plenitud su gran proyecto de investigación sobre el “bajo pueblo” y la “violencia política” ejercida por el “patriciado” contra las formas alternativas de construir “sociedad civil” y “governabilidad” en Chile, durante los siglos XIX y XX.

A partir de 1990, recuperados plenamente los espacios para investigación, reflexión, debate académico y difusión de las ideas, la historiografía chilena dio inicio a una cuarta etapa identificada por Julio Pinto como “La batalla de la memoria, 1990-2002”. Durante estos años, el que-

hacer historiográfico en Chile no pudo sustraerse de la atomización que ha caracterizado a los estudios históricos a nivel internacional. El género, las ideas, la cultura, la alteridad, el poder, la sociabilidad, la microhistoria, la vida privada y cotidiana, el multiculturalismo, la globalización, han sido –aun hoy– los objetos de estudio primordiales en estos últimos 25 años por un centenar de entusiastas historiadores, en su gran mayoría adscritos a la “Nueva historia social”; otros tantos al legado de los estructuralistas. Sin embargo, Chile ha visto en los estudios históricos también una necesidad de fijar sus recuerdos, de impedir la imposición política del olvido y “dar vuelta a la hoja” sobre el pasado reciente.

En este sentido, Gabriel Salazar, Alfredo Jocelyn-Holt y Gonzalo Vial representan para Pinto las tres grandes vertientes que han prevalecido en el escenario de la historia académica. Salazar y Jocelyn-Holt, aun con perspectivas opuestas, en lo político e histórico, han coincidido en la necesidad de avanzar en la recuperación de la historia reciente de Chile, mientras que Gonzalo Vial, último bastión de la historiografía nacionalista-conservadora ha abogado –y lo sigue haciendo– por edulcorar el régimen militar y su obra política. No es un problema su visión, sino los alcances que ésta tiene, pues su perspectiva histórica, desde mediados de los años 1980, ha circulado a través de los textos escolares, y desde 1990 sus columnas y fascículos de historia en medios de prensa de alcance nacional lo catapultaron como el historiador oficial de la dictadura.

La obra termina con un contraste entre las historiografías chilena y mexicana, elaborada por María Luna Argudín. La

autora trabaja en paralelo los historiadores mexicanos –bien conocidos por ella– y chilenos –aquellos que destaca Pinto–, principalmente procurando destacar las coincidencias entre ambas historiografías. Para esto se vale de una cronología equivalente a la utilizada por Julio Pinto. Lo que se obtiene como resultado es muy significativo, pues se logra establecer, con suficientes argumentos, que ambas historiografías se han forjado al calor del debate político y de las transformaciones sociales.

La segunda parte del libro se completa con una antología de 330 páginas que seleccionó el autor, y que en parte da cuenta de su propio balance. Con autores como Edwards, Eyzaguirre, Jobet, Góngora, Salazar, Jocelyn-Holt, Vial, Illanes, Tinsman y el Manifiesto de los Historiadores cuyos resultados de investigación más representativos se incluyen fragmentariamente. Lamentablemente en esta selección, elaborada por Pinto, no hay argumentos que nos orienten a realizar una lectura crítica, y menos si ésta es una contribución de fondo en la historiografía chilena.

Estamos conscientes que hacer el balance de un siglo en materia historiográfica, de cualquier país, no es tarea simple; sin embargo, disponer de un centenar de páginas para ello, aun siendo de carácter ensayístico y un retrato no exhaustivo y detallado, alcanza para referirse a investigadores que han tenido una influencia, no menor, tanto en sus estudios como abriendo perspectivas que han ampliado notablemente los campos del conocimiento histórico de Chile. Llama la atención que Julio Pinto, siendo un investigador riguroso y prolijo, haya omitido en su trabajo a un grupo significativo

de historiadores, tanto consagrados como en vías de serlo, en este recuento.

El caso más ilustrativo es el de Guillermo Feliú Cruz, destacado historiógrafo y bibliógrafo, cuya obra tuvo alcance en toda Latinoamérica. Su papel como formador de historiadores y pedagogos en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile así lo confirma. En su aula, al calor del debate y de su sabiduría, se formaron Jobet, Ramírez Necochea, Góngora, Villalobos, Mellafe, trabajados por Pinto en su balance, además de otros dejados fuera de este recuento, pero igual de trascendentes en sus investigaciones como los anteriores; nos referimos a Julio Alemparte, con su obra sobre el cabildo colonial; a Eugenio Pereira Salas, quien con su estudios sobre los juegos, la comida y la pintura colonial ha dado impulso hoy a investigaciones de historia cultural y de vida cotidiana; a Néstor Meza, estudioso de la conquista y la legislación indígena en Chile y América, maestro de Leonardo León, hoy en día el investigador más sobresaliente de la historia mapuche colonial y republicana. Paradójicamente, el historiador Pinto releva a este último en su recuento, dejando fuera a Meza, quien otorgara las primeras armas para que León se convirtiera en el historiador que es.

Julio Heise es otro gran historiador formado por Feliú Cruz y también desplazado en este balance. Sus estudios sobre el Parlamentarismo e Independencia como aprendizaje político lo sitúan como uno de grandes historiadores políticos que ha tenido Chile, nada de ello es rescatado por Julio Pinto. A eso debemos sumar las ausencias de figuras tan emblemáticas como Ricardo Donoso, Raúl Silva Castro y Osvaldo Arias, todos investigadores fundamentales para comprender la evolución

de las ideas políticas en Chile en la primera mitad del siglo XX, ya sea a través de un Arturo Alessandri, de la contribución del periodismo o el rol de la prensa obrera ampliando el debate en el espacio público.

Los historiadores nos hemos quejado siempre del excesivo centralismo capitalino que adquieren nuestras investigaciones, y que acusa la falta de perspectiva regional o local en las historiografías elaboradas. En este sentido, es censurable que el balance no incluya el gran aporte de historiadores regionalistas, tales como Mateo Martinic, Gabriel Guarda, Leonardo Mazzei o Patrick Puigmal, que han comprometido sus talentos con tramas históricas que escapan a la excesiva pirotecnia que muestran algunos trabajos de historia capitalina, que bajo la estridencia dejan entrever premisas débiles y sin sustento.

Frente a la omisión de historiadores de la estatura intelectual y peso académico que hemos señalado resulta exagerado, por decir lo menos, que la historiadora María Angélica Illanes tenga un lugar tan destacado en este recuento, a tal punto que se califique su labor historiográfica, entre mediados de 1980 y principios de 1990, como la antesala de sus "páginas brillantes en las décadas por venir". Sin desconocer la obra sugerente de Illanes, estamos convencidos que los trabajos de Feliú Cruz, Pereira Salas, Donoso o de un Moisés Poblete, autor prolífico en los estudios de la legislación social y laboral, de las condiciones de vida y de una temprana caracterización de la evolución del movimiento obrero chileno, incluso anterior a Jobet, son merecedores de formar parte de las páginas brillantes de la historiografía chilena, y lamentablemente

el historiador Pinto Vallejos no contribuye en darlos a conocer al público, general y especializado, de México.

Desde principios de 1990 ha existido en Chile un creciente interés de los jóvenes por estudiar historia. En ese contexto las escuelas de posgrado crecieron vertiginosamente, y los estudios respectivos en el exterior se hicieron cada vez más recurrentes. Por eso llama la atención que el autor no haga mención de los nuevos historiadores, hijos de la transición democrática. El aporte de Milton Godoy a los estudios culturales del Norte Chico; Claudio Robles a la agricultura y ruralidad; Juan Carlos Yáñez y sus estudios heterodoxos sobre la cuestión social; Pablo Artaza, siguiendo muy de cerca al propio historiador Julio Pinto, con sus estudios de la conciencia de clase en los pampinos; Luis Castro problematizando el desierto del Norte Grande desde los conflictos del agua; Hugo Contreras buscando nuevas perspectivas en los estudios de cacicazgos indígenas del Valle Central; Santiago Aránguiz vinculando la historia de Chile a los procesos internacionales; Rolando Álvarez identificando las estrategias de la clandestinidad comunista en tiempos de la dictadura de Pinochet; Marcos Fernández en búsqueda de las identidades masculinas y la presencia del alcohol en la historia social de Chile o Alberto Harambour y su interés por identificar los rasgos del movimiento obrero en el extremo Austral de Chile, son sólo una muestra de aquellos historiadores jóvenes que ya habían publicado desde mediados de los años 1990 sus primeros trabajos, muchos de los cuales fueron inclusive presentados por el propio Julio Pinto, por lo que llama aun más la atención que no los haya incluido en su balance.

En cuanto a la antología, es claro que no es correspondiente con las etapas identificadas en este balance. Hay una inclinación manifiesta a exhibir el contraste entre la historiografía nacionalista-conservadora y la “Nueva historia social”, quedando invisibilizada la historiografía estructural, influenciada por “Anales” y los aportes de la historiografía post-dictadura, más allá de la historia política y la historia social.

Dado el tratamiento que se da en el balance a Sergio Villalobos, llama la atención que no se haya seleccionado algún pasaje importante de su vasta obra. Pudieron haber sido incluidos también Rolando Mellafe o Álvaro Jara. De autores contemporáneos, Ana María Stiven, Cristián Gazmuri, Joaquín Fermandois, René Salinas o Rafael Sagredo, bien podrían

haber sido seleccionados con algunas de sus investigaciones.

Finalmente, este balance queda en deuda en el recuento de los movimientos oscilantes de la historiografía chilena durante el siglo xx. A este respecto uno lamenta que Julio Pinto Vallejos, al presentar la historia académica chilena –mínimamente conocida en el exterior– desaproveche en parte las escasas plataformas para difundir su producción y sus modelos de hacer historiografía, más aun cuando el universo cultural e intelectual mexicano es un excelente punto de partida para explorar nuevos desafíos■

Patricio Herrera González
Centro de Estudios Históricos
El Colegio de Michoacán